

LA DINAMICA SOCIO-CULTURAL Y LA EXPRESION LITERARIA

I CONTENIDO SOCIAL DE LA NOVELA LATINOAMERICANA

Un vasto sector de la Literatura Latinoamericana plantea apasionadamente los grandes problemas sociales del continente; nos referimos —dentro de la producción literaria en todos los géneros— a la *narrativa*, con sus variedades: el *cuento*, el *relato* y especialmente la *novela*, de extraordinaria significación en la época actual, en cuanto se ubica en el planteo de la *literatura de tesis*, acuciada por una auténtica necesidad vital y no por mera imitación de formas.

En el primer decenio de nuestro siglo trabaja una generación de escritores, en cuyas obras se va a estructurar claramente la novela latinoamericana moderna. Se afianza en ello el *regionalismo*, a la vez que se posee ya una clara conciencia de lo *americano*, y se realiza un esfuerzo sostenido por enfocar la realidad sin hacer abstracción de los problemas económicos y políticos.

En el *modernismo* —es decir la tendencia predominante en esos primeros años del siglo— la novela americana encuentra el camino seguro de su personalidad, ya que fija con bastante seguridad sus verdaderos objetivos; encuentra *su voz*, tiene *algo que decir* al mundo.

Es indudable que la novela ha surgido en América respondiendo a un imperativo *existencial*, personal y colectivo a

la vez, urgida por la situación de conflicto del hombre con las fuerzas que tienden a violentarlo en su cuerpo o en su espíritu, y no por una ficción más o menos coherente.

Por estos motivos, puede decirse que la novela evidencia la pasión americana por la creación literaria y constituye a la vez el indicio más firme de su madurez y profundidad. Un crítico serio como Arturo Torres Ríos Seco, dice al respecto que “esta notable fertilidad halla su más vigorosa expresión en la novela contemporánea”.

Una de las técnicas utilizadas en literatura para el análisis de los textos consiste en descubrir *la idea central generadora* del argumento por analogía con la emoción que la lectura produce en el lector. En el caso de esta novelística social, la generatriz del tema es *un hecho real* que hiere la sensibilidad del escritor, empujándolo a espejar su circunstancia y a testimoniar en su creación la tragedia individual y colectiva de su mundo y de sus contemporáneos, tratando, en la mayor parte de los casos, de señalar o atisbar una solución.

Estas preocupaciones literarias no son exclusivas de un solo país, sino evidentes en toda Latinoamérica.

Desde 1930, hasta el cierre de la primera mitad del siglo —y lo que se percibe en estos últimos diez años lo refirma— se han producido cambios en ese espejar de la realidad, pero con un desarrollo gradual y sin extremas violencias.

A partir del acto del *mestizaje* —fenómeno esencial a que nos referiremos más adelante— la creación novelística presenta este tema, las características psicológicas del mestizo, su tremenda frustración vital y su postergación, y sobre la base de este planteo esencial de mestizaje racial y cultural se bucea, con urgencia, tratando de encontrar los elementos que configuran *nuestro ser original*. Se quiere llegar sin demorar a penetrar en ese acto que constituyó nuestro advenimiento histórico y que sigue marcando nuestra visión distinta y particular del mundo.

No olvida la novela al *indio*, como uno de los términos del mestizaje originario, ni su realidad actuante en buena parte

de Latinoamérica, ni su perduración en nuestra sensibilidad. A impulsos de esta preocupación literaria, ha surgido un vasto movimiento de reivindicación social en favor del indígena. Interesa en dicho sentido el indio y sus rápidas muestras de criollaje (cholo, roto, gaucho, montuno), como uno de los factores que formaron el auténtico proletariado de América.

El porcentaje colectivo, el *héroe-masa*, de auténtica realidad continental, y su gravitación en los cambios sociales y políticos, alcanza dramática vida en la novela. Se aborda, además, la pintura de los tipos humanos, la violencia de la revolución agraria y la angustia de los problemas campesinos y de las relaciones entre los pueblos. *La novela de la tierra* presenta al campesino en su realismo total y en su lucha:

“Alude a la oscura necesidad del hombre hispanoamericano de resolver en su vida interior los problemas de su inadaptabilidad a un tipo de civilización que se le impone desde afuera...” (Fernando Alegría, “Breve Historia de la novela hispanoamericana”, *Manuales Studium* 10, México, 1959, pág. 208).

La novela agraria enfoca el tema de la propiedad comunal indígena; el desarrollo del capitalismo agrario criollo: la explotación del indio— no como individuo racial, sino como trabajador del campo y de las minas—; la maquinaria del gobierno centralista que destruye al indio para apoderarse de su propiedad y vendérsela al extranjero; la influencia y papel de los intelectuales en las reformas políticas y económicas destinadas a reivindicar al indio.

Como síntesis de todos los planteos humanos, la novela da vida intensa a la *tensión de la tierra*, que acecha en cada acto del hombre. La expresión de la tierra: selva, llano, pampa, montaña, río, bosque, conduce a los escritores latinoamericanos por caminos de fuerza y de originalidad. *Las características locales*, tan ricas y significativas, adquieren expresión plástica y viviente. No dudamos en afirmar que *lo regional* ha dado y sigue dando en América las obras de mayor profundidad y permanencia.

Carlos B. Quiroga, vigoroso regionalista argentino, expresa:

“La aprehensión de lo universal en la novela es a veces más eficaz cuando se ahonda en el terruño, en la aldea, en la campiña limitada, porque el conocimiento intenso de un área reducida con su hombre, permite sondear la vida más profundamente y llegar con mayor penetración a la raíz misma de lo universal, que es el alma y misterio de lo creado” (En “Nosotros”, N° 32, año II, Segunda Epoca, pág. 247).

Selva, campo, río, sequía, ciudad, aldea, paludismo, puerto, bajo fondo y miseria, fueron —citemos como ejemplo— temas seriamente tratados por los novelistas americanos de la última década.

El paisaje es el elemento clave de toda la literatura regionalista, entendiéndolo por tal no sólo el decorado fisiográfico, con su secuela de diversos elementos naturales y climatéricos, sino conjuntamente el fenómeno humano que allí ocurre, incluyendo desde luego todos los hilos de la urdimbre social, política y económica.

Si nos referimos específicamente a la Argentina, analizando las diversas novelas que desde 1870 al presente jalonan la producción literaria, podemos seguir con poco esfuerzo las líneas de desenvolvimiento histórico, político y social de nuestro país.

La inmigración y su influencia, los manejos políticos, el origen y desarrollo de los partidos, sus programas, el crecimiento de las ciudades, su fisonomía rural y bonaerense, el indio y el gaucho en la cultura, la convivencia en la ciudad y otros temas de palpitante vivencia aparecen en estas obras.

Los escritores argentinos —como los restantes de Latinoamérica— aprovechan la novela y el cuento, que se prestan más adecuadamente a tal fin, para el planteo de interrogantes acerca del mundo actual y sus profundas inquietudes, así como de los acuciantes problemas de raigambre local, pero de implicancia nacional y universal.

La narrativa litoraleña, para referirnos a nuestra región, presenta un abundante material literario-documental del proceso social operado en la extensa zona que bordea los grandes ríos, desde las etapas iniciales del mestizaje, en sus distintos matices, hasta las particulares problemáticas que plantean a sus habitantes el campo, la selva, el río, la ciudad.

La presencia indígena y el enfrentamiento con los conquistadores y colonizadores se refleja, por ejemplo, en las páginas de *Velmiro Ayala Gauna* ("La selva y su hombre"), *Roberto J. Payró* ("El Capitán Vergara", "Mar Dulce"), *José Winderman* ("Resistencia!"), *Alfredo Varela* ("Río Oscuro"), *Edmundo A. Rostand* ("Infancia provinciana"), complementados por los valiosos testimonios directos que nos dejaron los jesuitas, especialmente el padre *Paucke*.

El período criollo y la lucha del mestizo de la tierra encuentran su mejor expresión en *Martiniano Leguizamón* ("Montaraz"), *Mateo Booz* ("El tropel" y "Aleluyas del Brigadier"), y *Leoncio Gianello* ("Delfina"), que vieron en sus obras aspectos de la lucha del montonero por la libertad, y la realidad social del caudillismo. El matrero será perfectamente enmarcado en su drama y ambiente, primero por *Fray Mocho* ("Un viaje al país de los matreros") y más tarde por el entrerriano *Balboa Santamarina* ("Montielero", "El país de Montiel").

La colonización del sur santafesino encuentra su historiador y novelista en *Gastón Gori* ("El desierto tiene dueño", "Colonización", "La pampa sin gaucho", "El pan nuestro", "Familias colonizadoras", etc.), junto a *Ernesto L. Castro* ("Campo arado"), *Elsa Durando Mackey* ("Surcando destinos"), *Gudiño Kramer* ("Folklore y colonización", "Tierra ajena", etc.), *Alberto Gerchunoff* ("Los gauchos judíos", "Entre Ríos, mi país"), *José Liebermann* ("Tierra soñada"), *Isabel Heer de Beauge* ("Esperanza"), *Alcides Greca* ("La pampa gringa") contemplan los variados aspectos de la epopeya agrícola en el interior.

El norte santafesino, con la supervivencia y decadencia del indio, aparece en *Luis Gudiño Kramer* ("Sin destino aparente", "Tierra ajena", "Aquerenciada soledad"), *Alcides Greca* ("Viento Norte"), *Edmundo Rostand* ("Infancia provinciana") etc., que desde la realidad social de la ex reducción de San Javier plantean un panorama que abarca la extensa zona chaqueña.

El Chaco algodonero, dramática esperanza a que se aferraron colonos y paisanos despojados de su tierra, es revivido sobre todo por *Raúl Larra* ("El Gran Chaco") y por *José Winderman* ("¡Resistencia!").

El hombre prisionero, antagonista y a la vez hijo de la selva, es sentido con plenitud vital por *Velmiro Ayala Gauna* ("La selva y su hombre", "Cuentos correntinos", "Leandro Montes", "Paranaseros", etc.), *Horacio Quiroga* ("El desierto", "Anaconda", "El regreso de Anaconda", "Cuentos de la selva", "Los desterrados", etc.), *Valentín Barrios* ("El menú que triunfó en la selva"), *Alejandro Magrassi* ("La Caá-Yarí"), etc., mientras *Alfredo Varela* ("El río oscuro"), afronta directamente la explotación del hombre por el hombre, más en el tono de la polémica y la denuncia que de auténtica trasposición literaria.

La isla, con su soledad y miseria, traduce su problemática en la obra de *Ernesto L. Castro* ("Los isleros"), junto a otros testimonios de *Gastón Gori* ("El camino de las nutrias"), *Gudiño Kramer* ("Aquerenciada soledad"), *Diego Ozley* ("El remanso", "Cenizas", "Teutaj"), *Mateo Booz* ("Santa Fe, mi país"), *Leopoldo Chizzini Melo*, ("Los oscuros remansos", "Tacuara y Chamorro"), *Martín del Pospós* ("La tierra del Chajá"), *José Luis Vittori* ("Las fuerzas opuestas"), etc.

El suburbio y las villas miserias, con su estructura social y cultural semi-folk, se encuentra reflejado en *Juan José Manauta* ("Las tierras blancas", "Los aventados", "Cuentos para la dueña dolorida"), *Rosa Wernicke* ("Las colinas del hambre"), *Juan José Saer* ("Eu la zona"), *Juan M. Areu Crespo* ("Bajada vieja"), *Mateo Booz* ("Los inundados"), y en pasa-

jes de *Ernesto L. Castro* ("Desde el fondo de la tierra", "Los isleros"), junto a otros.

La ciudad, sea en el ambiente colonial y burocrático de Santa Fe, como en la cosmopolita evolución rosarina, tiene su mejor cronista en *Mateo Booz* ("La ciudad cambió la voz", "Santa Fe, mi país", "Aquella noche de Corpus", etc.), siendo también importantes los documentos que ofrecen *Emilio Lamothe* ("El galgo de Santillán", "Agripino Noceda", "El barrio"), *Eduardo Carranza* ("Abalorios"), *Alcides Greca* ("La pampa gringa", "Cuentos del comité"), este último el mejor pintor de los entretelones de la vida política.

Si agregamos otros nombres que plantean similares problemáticas u otras distintas dentro de una proyección social, como Domingo Barreto, José Bergallo, Segundo Briggiler, Carmelina de Castellanos, Oscar Dalurzo, Jerónimo del Rey, Crisanto Domínguez, Santiago Ellena Gola, Ernesto Ezquer Zelaya, Lobodón Garra, Daniel Giribaldi, Bernardo González Arrilli, Germán de Laferrere, Saturnino Muniagurria, Héctor Olivera Lavié, José Pavlotzky, Gerardo Pisarello, Justo P. Saéñz, Sara Sáenz Cavia de Morales, José Carmelo Busaniche, Rosaura Schweizer, Gregorio Suliya, Santiago P. Scherini, Amaro Villanueva, Rodolfo Vinacua, Horacio Lencina, Jorge Antolini, Esteban Maradona, Alberto Urrutia, Zapata Gollán, José R. Bergallo y otros muchos que configurarían una interminable lista con la más impensada gama de valores literarios y documentales así como de perspectivas de enfoque, tenemos la más elocuente prueba del valor de la expresión literaria para el conocimiento de la realidad regional litoraleña.

II — ARTE CON FINALIDAD SOCIAL

Los novelistas americanos asumen, en su expresión más general, una decidida actitud de *compromiso*. El arte deja de ser en ellos "arte por el arte", para convertirse en "arte instrumento de lucha", en "arte-arma", y los artistas se ubican entre los hombres que intentan cambiar el mundo.

Hablamos aquí de aquellas obras en las cuales el compromiso se asume —en última instancia— como responsabilidad del escritor que se compromete *sólo con los eternos valores que elevan al hombre* y que alcanza, por eso mismo, la maravillosa conjunción de *mensaje y belleza*, que la tornan “obra de arte literaria”.

Resulta imposible no reconocer en esta posición del escritor latinoamericano una influencia *existencial*, pero la misma adquiere, en la expresión continental, un matiz especial, en cuanto la anima un deseo profundo de contribuir a la *construcción de América* y de plantear *los problemas de nuestra tierra*, en búsqueda de su *definición cultural*.

“Esta literatura —ha dicho el novelista *Augusto Roa Bastos*— es, sí, una literatura comprometida: comprometida hasta los huesos con el destino del hombre, no con intereses o consignas circunstanciales...”.

Se insertan así en la gran tradición de nuestra literatura independiente, en una literatura *militante de la realidad humana*.

“El compromiso en literatura —expresa *Guillermo de Torre* en “Problemática de la literatura”— a mi juicio, y habré de repetirlo, es el compromiso del artista con su conciencia y frente al universo; no puede significar en ningún caso embañeramiento o sumisión. El artista está comprometido por su función en el más inextricable espesor de la historia, allí donde se ahoga la carne del hombre”.

Pero, en algunos casos, los novelistas se dejan arrastrar por compromisos extraliterarios, colocándose al servicio de determinadas posiciones o sectores, que vuelven alegato no literario su expresión. En otros, al condenar abusos e injusticias contra el hombre, el apasionamiento de la polémica distorsiona los hechos en tal modo que su creación resulta inauténtica.

“Quienes pasan por alto la ética inherente a los medios estéticos y morales —señala el mismo *Guillermo de Torre*— se

definen como simples propagandistas y se descalifican también, no sólo artística, sino moralmente. Quienes respetándola, afirman su absoluta ligazón con los fines, afirman parejamente su dignidad moral y se hallan en situación de lograr obras más valederas”.

La literatura y el arte son un testimonio *sobre la condición humana en circunstancias dadas de lugar y de tiempo*. Someter la experiencia individual a las generalidades de una propaganda oficial, es privar a la humanidad de uno de los principales medios para que adquiriera conciencia de sí misma.

III — LA NOVELA Y LOS ESTUDIOS SOCIALES

La literatura es *un bien cultural*, y como toda creación en el mundo de la cultura, para ser auténtica debe responder al espíritu y a los valores que animan el quehacer de la comunidad que la inspira.

En tal sentido, es innegable que “el acto creador latinoamericano” descansa en el *mestizaje* y que la novela encuentra gravidez en esta realidad, haciéndola idea central e inspiradora de las obras y expresándola como pasado que pervive y se proyecta en un futuro que nos exprese plenamente.

Refiriéndose a este fenómeno que sella nuestros orígenes, expresa *Luis Alberto Sánchez*, en “¿Existe América Latina?”.

“En América hay sólo una raza: la americana, esencialmente mestiza como lo fue siempre todo porvenir hecho carne y espíritu”.

Únicamente así, fijando este punto de partida, puede entenderse la novela y la definición de América que se da en ella.

De las manifestaciones literarias, es *la novela* la que mejor refleja la realidad socio-cultural y la que mejor permite la creación de un mundo socio-cultural ficticio inspirado en una más o menos utópica concreción de la ideología del autor, cuya ideología puede fundarse en la realidad cultural o pretender desarticular y falsear su estructura. Por ese motivo, los

escritores argentinos —como los restantes de Latinoamérica— aprovechan de ella para hacer el *planteo de interrogantes* y para *testimoniar* el mundo actual y sus profundas inquietudes.

La novela tiene *cualidades sociológicas* porque aborda temas de contenido humano, describe personajes y costumbres. Grito de denuncia en lo político-social, revela lacras y reivindicación, dentro de su ficción, injusticias y disparidades.

Las condiciones sociales *influyen* naturalmente en la génesis del arte moderno. En América comienza a interesar más *la realidad* que la ficción de la realidad.

Los temas han ido evolucionando conforme evoluciona la sociedad, y ningún estudio de América, desde cualquier punto de vista en que nos coloquemos, puede prescindir de la novela como espejo y resultado de nuestra vida individual y colectiva.

Interesa la novela, en el estudio social, por una doble faceta: en cuanto ella *refleja una realidad socio-cultural*, y en cuanto puede ser utilizada como *material para la reforma de la enseñanza*. Cabe también un tercer aspecto, que tiene relación estrecha con el segundo: el aprovechamiento de la novela para el *estudio de las ideologías* que surgen en determinada cultura y momento, para estudiar *su influencia* y poder neutralizar los efectos de aquella literatura que tiende a reflejar la cohesión social.

Es decir que la literatura es *un bien cultural*, cuyos datos adquieren un valor de *afirmación, rechazo o clarificación* de los datos, confrontados con los acontecimientos histórico-sociales. Interesa, entonces, en un doble aspecto: porque tiene *contenido social* (documento) y porque tiene *finalidad social* (intenta dar solución a los problemas).

No hablamos de control, conducción o dirigismo de la literatura —sería inadmisibile, pues destruiría la esencia misma de la creación artística, que se define por la *libertad*— pero sí nos referimos al *aprovechamiento del documento* en el proceso de cambio y en la endoculturación.

Significa, sí, un *control de los efectos prácticos* que en nuestra cultura en crisis pueden tener las obras, en cuanto posibles factores de agravamiento de la misma, *control de todo factor de disolución socio-cultural*, es decir de producción o agravamiento de la crisis axiológica.

En la reforma de nuestra actual enseñanza, puede contribuir a transformarla en lo que siempre debió ser: *educación*, es decir *auténtica* y real *endoculturación*.

Para mantener nuestra *cohesión cultural* dentro de las tendencias de nuestro pueblo hacia un progreso consciente en la permanencia de determinados valores, tendencias actuales que no contradigan esa cohesión —que por otra parte son el resultado de nuestro pasado cultural— la dinámica socio-cultural exige que dicho progreso sea regulado en base a lo aprovechable de la realidad y no contradiciéndola abiertamente. Quienes pretenden que su utopía tenga valimiento actual caen en esto último.

IV — LA INTERPRETACION DEL DOCUMENTO LITERARIO Y SUS PELIGROS

Es indudable que las actuales tendencias sociológicas que procuran una definición de la realidad socio-cultural argentina, no desdeñan el documento literario. Puede observarse en tal sentido un permanente rastreo en nuestra literatura para extraer de ella la expresión de aquellos valores permanentes e inmutables que caracterizan nuestro desarrollo social y espiritual y que son los que pueden revelarnos lo íntimo de nuestra peculiaridad socio-cultural.

Y allí surgen los peligros que queremos señalar, peligros que provienen generalmente de factores extra-sociológicos y extra-literarios. La mayor parte de los actuales intentos de interpretación muestran en primer lugar, no la objetividad y seriedad científica que den bases sólidas y constructivas, sino el *apasionamiento partidista de reacción*, que busca más atacar las interpretaciones contrarias que fundamentar las propias; o la *crítica genérica, subjetiva*, sin aportar juicios proyectivos,

o, finalmente, *las interpretaciones tendenciosas*, que subordinan la realidad a un “deber-ser”, que postulan dogmáticamente, tergiversando así el proceso natural del cambio social.

Así, quienes llaman a revalorizar aspectos olvidados o ignorados de nuestro pasado histórico y cultural —con la innegable virtud de haber sacudido la inercia de nuestra intelectualidad, colocada de espaldas al país— han permanecido en muchos casos en una actitud de nostálgica lamentación respecto a la ruptura de una continuidad espiritual, y han desahogado ese sentimiento en el ataque al liberalismo europeísta, al que señalan como único culpable de esa ruptura. Se reacciona contra la calificación sarmientina de “civilización y barbarie”, pero tan sólo trastrocando los términos para anteponer la “barbarie” a la “civilización”; no se supera la ruptura, sino se la afirma en los términos opuestos. En el juicio de la obra literaria, permanecen en el simple cotejo de lo documental, sin darnos la proyección necesaria a un “deber-ser”, es decir aquello que puede contribuir a un cambio social.

Otra actitud es la de aquellos que analizan nuestro *ser anímico* a través de la obra literaria, pero formulando sólo una crítica subjetiva y genérica de lo que ven como “indefinición” y “falta de autenticidad”, pero quedándose sólo en una *crítica negativa* a nuestra estructura espiritual, *sin aportar tampoco soluciones*; esta posición está frecuentemente acompañada —y de ello es resultante a la vez— de insuficiente conocimiento y rigorismo científico, sea en lo sociológico, en lo literario o en lo filosófico.

Otros, finalmente, intentan interpretar el proceso argentino bajo la luz exclusiva de *lo social-económico*; así el gaucho pasa a ser exclusivamente un “proletario” oprimido por el “imperialismo británico”, ignorándose los otros factores raciales y humanos que han influido en su formación y posterior desarraigo; o el indio, inadaptado a la civilización y caído hoy en la degeneración racial, es definido como “sector postergado por la burguesía”, sin examinar otros aspectos mucho más impor-

tantes de ese íntimo problema americano. Se antepone así una finalidad, un "deber-ser", a una realidad con la que no concuerda, sugiriendo un cambio social ajeno a la esencia que debe ser su base.

La interpretación del hecho literario como documento socio-cultural, debe pues, para evitar esos peligros, tener en cuenta la ineludible relación entre realidad y deber-ser, para dar su unidad y no para producir su ruptura o tergiversación.

CLARA PASSAFARI DE GUTIERREZ

EUGENIO P. CASTELLI

27 de Febrero 2697, Rosario

